Costa Álvarez, Arturo. "El traductor adornista" en *Nuestra lengua*, Buenos Aires, Sociedad Editorial Argentina", 1922.

ARTURO COSTA ÁLVAREZ

EL TRADUCTOR ADORNISTA
UNA DE TANTAS BELLAS INFIELES

De la traducción libre y de sus brillantes méritos me he ocupado ya, y con tal motivo también me he ocupado del creador de ella, San Jerónimo, el Maestro supremo en el arte mágico de hacer hablar a un autor en lengua ajena. En esa ocasión la grandiosa figura del traductor de la *Vulgata* llenó un par de carillas enteras, en toda su altura y anchura, sin dejar resquicio alguno por donde pudieran mostrarse sus discípulos, los que, movidos por la obra inspirada del Maestro, han predicado después de él, en la tierra literaria, el evangelio de la traducción libre. Entonces no pude hacer más que mentar a los Santos Padres a quienes nuestra Iglesia (la institución eterna, inconmovible e infalible de la Traducción) debe sus cánones doctrinales y artísticos. De modo que voy a ocuparme de ellos ahora que san Jerónimo, después de su visita a estas páginas, ha vuelto a su bien ganado sitial en la gloria.

Simeón el Metafrasta, el primero de esos apóstoles en orden cronológico, no era traductor precisamente; pero pertenecía a la familia. Sabido es que forman nuestra familia, no sólo los traductores y los truchimanes, y nuestros clásicos los targumistas, y nuestros doctores los paleógrafos, epigrafistas, exégetas y hermeneutas, y sus émulos grotescos los criptógrafos, sino también los metafrastas y los parafrastes, los glosadores y comentadores, los críticos y parodistas, en fin todos los que en las letras hacen obra propia de la ajena. Todos, menos los réprobos plagiarios; ésos forman tribu aparte: son los leprosos de la literatura.

Ahora bien: Simeón el Metafrasta no era traductor, era hagiógrafo: escribió 122 vidas de santos de la iglesia griega, basando sus panegíricos en las informaciones que le suministraban los documentos antiguos. Pero ¡con qué fidelidad siguió a San Jerónimo en su cómoda práctica de trabajar con materiales de otros! ¡con qué escrupulosidad lo imitó en sus interpretaciones libres del pensamiento ajeno! ¡con qué abundancia de rasgos de su invención propia exornó esos documentos al transcribir su texto! De ahí su inmortalidad y su cognomento. San Jerónimo había hecho de la arbitrariedad una regla del arte de traducir: Simeón el Metafrasta se animó a mucho más al aplicar la inventiva a ese arte de reproducción. Con él nacieron, pues, los parafrastes, esto es, los adornistas en nuestro oficio; y desde entonces traducir no es llevar al autor a cuestas sino cabalgar sobre él.

¡Cabalgar! ... Cabalgar, en materia de traducción, es volar, es soltar las alas a la imaginación y dejarse arrebatar por ella. De suerte que los traductores estábamos regocijados: San Jerónimo nos había librado del dogal de la traducción fiel, y Simeón el Metafrasta coronaba la obra de nuestra emancipación dándonos

por esclavo a nuestro ex amo, el autor. Pero donde esta innovación causó más entusiasmo fue en las filas de los que no eran traductores y vieron que así podían serlo. *Anch'io son pittore!* exclamaron a una voz los poetas, dramaturgos, novelistas y demás escritores imaginativos, pensando en sus ocios forzosos y en las penurias pecuniarias consiguientes. Y surgió entonces la traducción de aficionado, de *pane lucrando*, recurso salvador que Moratín, lumbrera de nuestra Iglesia, ha confesado así, entre burlas y veras:

Que si yo me llego a ver
una vez desesperado,
o me meto a traductor
o me degüello o me caso.

Larra vió también en la traducción un recurso salvador, no para él sino para todos los literatos españoles de su época. "Lloremos y traduzcamos" dijo, deplorando la inutilidad de la obra original en su país, y viendo en la traducción un subsidio; "traduzcamos y lloremos" debió haber agregado al advertir, por las traducciones de sus colegas, que la inutilidad estaba en ellos y no en su género de trabajo. España es, desde el siglo XIX, el habitáculo, el habitat natural, del traductor ignorante o inconsciente, y procaz por añadidura. Le ha tocado en suerte esta miseria a la nación que, en medio de las tinieblas medievales, fue el foco único de donde irradió sobre la Europa semibárbara de los siglos XII y XIII, con las traducciones latinas de los arabistas y de los hebraizantes de Toledo, la luz de las civilizaciones orientales. En nuestros días, Unamuno se ha proclamado príncipe de los traductores en esa tierra, pero no del tipo ejemplar que respeta el clásico abolengo sino del tipo degenerado que florece lozanamente en los países de habla castellana, donde la incultura literaria es general todavía; se ha presentado a sí mismo espontánea y gloriosamente como arquetipo del traductor mercenario, que fomenta esa incultura y vive de ella, y la trampea, porque reserva su conciencia para la obra original y no aplica a la traducción sino la subconciencia del sonámbulo. He aquí la confesión paladina que en sus *Ensayos* (III, 172) hace sobre el particular este perfecto vizcaíno de las letras españolas, tan rudo en su desparpajo como en su estilo: "Por mi parte, conozco ese estado de ánimo, y lo conozco por la tarea de traducir a tanto el pliego. Si he querido enterarme de los más de los libros que he traducido, he tenido que leerlos después."

La traducción de aficionado empieza a competir con la erudita en pleno siglo de oro, y desde entonces no falta entre los estudiosos quien gruña contra ella. Unos dicen que la paráfrasis no es traducción porque no es reproducción, ni es composición porque no es creación; se trata de un artificio más imaginativo que reflexivo, de un trabajo nimio y de puro pasatiempo, como es hoy día el de colorar fotografías hechas por otro. Los más descartan la forma para escudriñar el fondo, y

declaran que, como reproducción, la traducción de aficionado es obra falsa. Diego de Saavedra, a principios del siglo XVII, fue el primero que dió la voz de alarma diciendo que "el leer traducciones está sujeto a engaños o a que la verdad pierda su fuerza y energía"; y a principios del siglo siguiente Montesquieu dijo a su vez que "los traductores son como las monedas de cobre: útiles para el vulgo, pero débiles y de mala ley". Y en el siglo XIX Dussault repitió el pensamiento de Saavedra en esta forma: "Las traducciones literales son parodias y las versiones literarias o parafrásticas copias engañosas;" frase que Philarète Chasles ha convertido luego en vituperio, al modificarla así: La traducción literal es un sacrilegio; la traducción elegante, una mentira." Antes, Mme. de Sévigné, indignada, había proclamado al traductor "un criado que da al revés los recados de su amo". Más tarde, Voltaire llamó también criado al traductor, "un criado que se cree tan gran señor como su amo, sobre todo cuando éste es muy antiguo", reflexión que Laharpe amplió diciendo: "Toda vanidad es ridícula, pero ninguna lo es tanto como la vanidad del traductor." En fin, el padre Isla, especialista en el arte, dijo en su *Fray Gerundio:* "En los tiempos que corren es desdichada la madre que no tiene un hijo traductor. Hay peste de traductores; pero casi todas las traducciones son peste. Son unas malas y aun perversas traducciones gramaticales, en las que a buen librar queda tan estropeada la lengua traducida como aquélla en que se traduce." Citaré también, para cerrar esta serie ingrata de invectivas, el conocido final de la fábula de Iriarte, otro perito en la materia:

Unos traducen obras celebradas
y en asadores vuelven las espadas;
otros hay que traducen las peores,
y venden por espadas asadores.

Como se ve, el clamor es universal desde hace siglos. Pero nada ha desalentado nunca al traductor aficionado. Hay en él una fuerza *sui géneris* que lo habilita para saltar por sobre todo lo que podría impedirle el ejercicio de su arte supletorio. He dicho ya que el traductor aficionado es, por lo general, un literato de altas dotes, de la clase de los que vuelan siempre arriba de todo. Y el hombre, desde su altura, considera la traducción una tarea inferior, indigna de él; si la acomete incidentalmente, en sus ratos de ocio o de necesidad, es sólo con la condición de que ha de cabalgar sobre el autor en vez de llevarlo a cuestas. "Ataque a pluma armada" ... así define Pierre Véron la traducción en *Le Carnaval du Dictionnaire*; pero el traductor aficionado sólo ve en esa definición una chuscada. ¿Que hay quienes dicen que el literato hace de traductor improvisado tan desairadamente como el pintor podría hacer de calígrafo? ¡Bah! a juicio del literato que hace de traductor improvisado, los que eso dicen ignoran que la traducción, como la caligrafía, son artes ínfimas. Para él, la insignificancia del arte de traducir

es una evidencia absoluta: intuitiva y sensible. Lo curioso es que denigra a la traducción, y la practica. Escupe en el plato y después come. Sigue a Boscán en eso. El célebre poeta ha dicho: "Andar romanceando libros es de hombres de pocas letras"; y lo ha dicho precisamente en el prólogo de su versión de *El cortesano* de Castiglione, una de las muchas traducciones que hizo.

¿Qué obra de arte puede esperarse de quien no cree en el valor artístico de tal género de trabajo? Que haga traducciones quien juzga a la traducción una tarea indigna de sus facultades superiores es una incongruencia tan palmaria como la de que en la sede pontificia, en el seno de la Congregación de Ritos, haya un cardenal que hace de "abogado del diablo" en ciertas causas teológicas. Por simple definición, un ministro de Dios no puede defender al diablo; por simple definición también, el que denigra a la traducción no puede hacer traducciones. Hay tan poca sinceridad en la obra del traductor que denigra a la traducción y traduce, como en la del eclesiástico que es enemigo natural del diablo y lo apadrina. Bien sé que lo de "abogado del diablo" es una ficción, y que, en realidad, lo que hace el ministro de Dios con tal título es remedar al diablo, no defenderlo. Otro tanto hace el traductor aficionado: remeda al autor, no lo traduce.

Si el literato que denigra a la traducción traduce, es porque su concepto desfavorable de la traducción, concepto hecho para todos los casos en general, cambia fundamentalmente en su caso particular, cuando es él quien traduce. Siendo eso obra suya, aunque eso sea una traducción, el trabajo es excelente a su juicio; porque, a su juicio también, sus manos, como los dedos rosados de la Aurora, embellecen cuanto tocan. En consecuencia, al traducir hace deliberadamente obra de adornista: lo que dice el autor no vale nada, pero lo que él agrega o cambia da a la obra original gran mérito. Piensa que, procediendo así, substrae su trabajo a lo que dicen dogmáticamente de la traducción estas dos autoridades que nunca fueron traductores, ni de afición; lo que no impidió que ambos pontificaran sobre la materia como entendidos.

Dice Cervantes en el libro II, capítulo LXII, de su *Quijote*: "... el traducir de una lengua en otra, como no sea de las reinas de las lenguas, griega y latina, es como quien mira los tapices por el revés, que, aunque se veen las figuras, son llenas de hilos que las escurecen y no se veen con la lisura y tez de la haz; y el traducir de lenguas fáciles ni arguye ingenio ni elocución, como no le arguye el que traslada, ni el que copia un papel de otro papel." Dice Eugène Sue en el prólogo de su *Plick et Plock*: "Desgraciadamente la energía, la delicadeza del original, los tonos, el color local, la preciosa ingenuidad de los idiomas, se debilitan casi siempre en la traducción." En materia de obras en prosa, lo que dice Eugène Sue no es verdad sino cuando se trata de escritores idiomáticos. En tales casos la traducción no puede reproducir ni la fuerza ni la gracia particulares de las locuciones privativas, que son patrimonio exclusivo de toda lengua. Pero esos casos son de excepción; la regla general es que la buena traducción en prosa

reproduzca en toda su fuerza y gracia las ideas y las galas del original. Así lo demuestran las maravillas del arte nuestro, como la traducción inglesa de la *Biblia*, la de Plutarco por Amyot, la del *Diablo Cojuelo* de Lesage, por el padre Isla, la del *Paraíso perdido* de Milton, por Chateaubriand, la de los dramas de Shakespeare hecha por Schlegel en alemán y por Menéndez y Pelayo en castellano. Trabajos de este género son los que explican la sentencia de Sánchez el Brocense en *De auctoribus interpretandis*, según el cual hay más mérito en traducir que en componer: *Maioris esse semper crediti diligentiae aliena scripta retexere quam nova proprio Marte componere.* Pero el traductor adornista no está para estos trabajos de erudición sino para obras de imaginación. Este hombre superior se abraza a los que declaran *ex cáthedra* que toda traducción tiene que ser mala por fuerza. Es salvadora la doctrina que achaca a imperfecciones del arte las insuficiencias, deficiencias, desgarbos y torpezas del seudo artista. Además, ese hombre superior sabe que, por su renombre de literato, la crítica aplicará a su trabajo de adornista el dulce epíteto de "bella infiel", epíteto que elogia ante todo y censura luego amorosamente.

He citado a Cervantes con motivo de su juicio desfavorable sobre la traducción, que toda la buena voluntad de Clemencín no puede atenuar. Diré ahora que el profesor francés Rollin, a principios del siglo XVIII, redujo ese juicio a sus verdaderos términos diciendo: "La traducción literal no es más que el reverso de un tapiz." Ahora bien: estoy seguro de que Cervantes habría modificado también su propio juicio, particularizándose con los artistas y respetando al arte, si el gran hombre hubiera podido formarlo a la luz de las traducciones de que ha sido objeto su libro inmortal en todas las lenguas. Tengo a la vista una de ellas, que es buena muestra del trabajo de adornista. Está escrita en francés e impresa en París, en cuatro tomos, en 1798; se titula: *Histoire de l'admirable Don Quichotte de la Manche – Traduite de l'espagnol de Michel de Cervantes – Nouvelle édition revue, corrigée et augmentée* ... El traductor explica en su prefacio eso de la revisión, corrección y ampliación diciendo que ha alargado los pasajes buenos y ha acortado los malos... Y del poco escrúpulo y de la mucha familiaridad con que este traductor trata a su autor, da buena idea su profesión de fe, hecha en estos términos: "Creo que una traducción debe conservar siempre algo de su original, porque sería empresa demasiado grande apartarse enteramente del carácter del autor."

Florian, libérrimo traductor de la misma obra, ha hecho esta franca confesión de sus procedimientos: "Sin esperanza de poder hacer pasar a mi lengua las continuas bellezas ... me he creído en el deber de atenuarlas, suavizando ciertas imágenes, cambiando a veces versos muy apartados de nuestro gusto, sobre todo suprimiendo las repeticiones y abreviando digresiones, nuevas sin duda alguna cuando aparecieron, pero que hoy son comunes; en fin, reduciendo mucho los relatos y sustituyendo con la rapidez ornamentos que no podía reproducir."

1922